

El consejo que falta

Los escritores consagrados suelen ser asediados por los jóvenes, solicitándoles consejos para enfrentar la azarosa carrera de las letras. Algunos de estos escritores de renombre han escrito conmovedoras páginas en las que intentan traspasar su experiencia vital a nuevas generaciones. Es el caso de Rainer María Rilke en "Cartas a un joven Poeta", o el de Ernesto Sábato en uno de los pasajes de "Abaddon, el Angel exterminador". Otros, en cambio, han frustrado las expectativas de sus jóvenes admiradores. El poeta inglés Donald Hill recuerda que, siendo estudiante, logró una entrevista con T. S. Elliot. El consagrado poeta fue muy gentil, pero llegado el momento de los consejos, Hill escuchó estas palabras de Elliot: "A ver... Hace cuarenta años yo me estaba trasladando de Harvard a Oxford y hoy Ud. se está cambiando de Oxford a Harvard. ¿Qué consejo puedo darle?". Y después de una breve y expectante pausa, el poeta preguntó: "¿Lleva Ud. en su maleta calzonillos largos?".

Triviales o trascendentales, en los consejos que se suelen entregar a los escritores jóvenes, hay uno que siempre he echado de menos: tratar de inmunizarse de los efectos de la crítica. Y no me refiero a la crítica negativa, esa que no deja titeres con cabeza y de una plumada destruye toda la ardua labor creadora del joven escritor, sino de la otra, la encomiástica, la que bate palmas y echa al vuelo las campanas.

Un escritor joven está en condiciones de lidiar con la indiferencia o el menosprecio a su obra. El tiene tiempo por delante como para corregir errores y superar una pobre marca inicial. Para lo que no está en absoluto preparado es para el éxito inmediato, el aplauso sin reserva. Cuando esa es la respuesta de la crítica, el joven escritor se ve ante la tarea casi imposible de superar su exitosa primera obra, duda si su nuevo libro está a la altura de lo que los críticos han dicho de él y termina por anular su poder creativo. Ahí está el secreto de tanto primer libro aclamado que termina siendo la única obra del autor.

Hemingway solía decir que lo que había matado a Scott Fitzgerald como escri-

tor, no había sido ni el alcohol, ni su vida disipada, ni su paso por Hollywood, sino la extraordinaria crítica que tuvo su novela "El Gran Gatsby". El crítico más influyente de su época, Gilbert Seldes, escribió tal cantidad de elogios sobre la novela, volcó tantos panegíricos sobre la cabeza del joven autor, que Scott Fitzgerald demoró 9 años en entregar una nueva novela que, por cierto, no correspondió a la imagen que de su genio se habían formado los lectores norteamericanos.

El verdadero escritor, quien tiene seguridad en sus medios y busca una honesta comunicación con sus lectores, sin ir expresamente en busca de la gloria literaria, da a la crítica la importancia que ella merece. Ni la subestima ni la alza como el juez infalible de su obra. El sabe que en la producción de los grandes autores, no existe una permanente ascensión en calidad y que el juicio final se tendrá con una visión totalizadora en el que para nada importará el orden cronológico.

John Dos Passos, otro gran novelista norteamericano, tenía la costumbre de tomar un barco a cualquier punto del mundo tan pronto uno de sus libros estuviera a punto de aparecer y no regresaba hasta que hubiesen pasado varios meses. Así se evitaba la angustia de la lectura de las críticas y cuando las leía, ya eran cosa del pasado, en que las favorables y las negativas se combinaban impidiendo cualquier efecto frustrador. William Faulkner, Premio Nobel de Literatura, si bien tenía interés en un reconocimiento serio a su obra, no se interesaba en la popularidad que pudiera obtener con ellas. En más de una ocasión, advirtió que el epitafio que le hubiera gustado ver inscrito en su tumba era: "Escribió libros y murió".

Estos ejemplos son los que deberían incorporarse a esos consejos que escritores maduros suelen dar a los jóvenes. Recordarles que el ejercicio literario no es una actividad competitiva y menos contra uno mismo y que la crítica, cuando es adversa, puede tener la virtud de acicatear el amor propio, pero cuando es entusiasta puede causar el más inhibitorio trauma.